

1 Tres Hombres Significativos

Cuando en el Antiguo Testamento Dios se dispone a asegurar un pueblo totalmente liberado del cautiverio y separarlo para Él de un modo singular, y cuando para hacerlo se aparece a Moisés en la zarza ardiente, es notable que Él se identifica a Sí mismo con una triple designación: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob” (Éxodo 3:6a). Y cuando, un poco más adelante, Dios envía a Moisés a los israelitas para anunciar su propósito a ellos, la misma triple expresión se repite a través de su pronunciamiento:

Así dirás a los hijos de Israel: “El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado avosotros”. Este es mi nombre para siempre, y con él se hará memoria de mí de generación en generación. Ve y reúne a los ancianos de Israel, y diles: “El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me ha aparecido, diciendo: ‘Ciertamente os he visitado y he visto lo que se os ha hecho en Egipto (Éxodo 3:15-16, La Biblia de las Américas, LBLA).

Seguramente cabría aquí la pregunta: ¿Por qué esta triple frase? Pues bien, precisamente porque el mismo Señor Jesús utilizó esa idéntica expresión en un pasaje que aparece en los primeros tres evangelios:

Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo 22:31-32).

¿Por qué Dios utiliza esta triple expresión cuando se manifiesta a la humanidad? ¿Cuál es el significado para nosotros, sus hijos, de estos tres nombres que se repiten?

El apóstol Pablo nos asegura que las Escrituras fueron registradas para nuestro aprendizaje (1 Corintios 10:11), y aquí tenemos algo que se nos presenta tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Esto nos sugiere que, tanto en el antiguo pacto como en el nuevo, Dios está trabajando sobre un mismo principio. En el antiguo pacto, Dios se apareció a Moisés con la intención de sacar a Israel de Egipto y convertirlo en su pueblo escogido; en el nuevo, Jesús es quien escoge a sus discípulos. Además, los apóstoles nos enseñan que la Iglesia es el pueblo escogido de Dios, salvado por Su gracia.

Cuando estudiamos la vida de Abraham encontramos el primer ejemplo de un hombre elegido por Dios. Abraham era un idólatra, pero Dios lo eligió:

Y Josué dijo a todo el pueblo: Así dice el SEÑOR, Dios de Israel: “Al otro lado del Río habitaban antiguamente vuestros padres, es decir, Taré, padre de Abraham y de Nacor, y servían a otros dioses. “Entonces tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del Río y lo guie por toda la tierra de Canaán, multipliqué su descendencia y le di a Isaac (Josué 24:2-3, LBLA).

Sí, Dios tomó a este idólatra y dijo “Él es mío”. Él lo eligió según Su voluntad. Lo mismo ocurre con todo el pueblo de Dios hasta nuestros días. Los creyentes, al ser escogidos, han respondido a su amor y han gustado de su salvación. Dios posee un pueblo cuyo origen proviene precisamente de su elección.

Por supuesto, ni Abraham ni Isaac eran aún una nación. Tampoco lo fue Jacob hasta que llegó a ser Israel. Cuando Israel fue llamado a salir de Egipto fue cuando Dios tuvo un pueblo (en el sentido estricto de la palabra). Por tanto, puede decirse que el pueblo de Dios tuvo dos comienzos: uno en Abraham, el hombre, y otro en Israel, la nación. Primero vinieron los hombres individuales de fe. Cuando ellos abrieron el camino siguió el reino de Israel en su plenitud. El trato de Dios con Abraham, con su hijo y con su nieto hizo posible todo lo que siguió.

Por otra parte, si bien es un hecho que Dios comenzó la creación de un pueblo con Abraham, también es cierto que ese pueblo no se formó completamente hasta que Jacob tuvo sus doce hijos, quienes posteriormente se convirtieron en las 12 tribus de Israel.

Lo que experimentaron Abraham, Isaac y Jacob en conjunto debe ser la experiencia espiritual de todos los elegidos de Dios. La historia de uno o dos de los tres no es suficiente. Lo parcial no logrará satisfacer los requerimientos divinos. No debemos contentarnos con un mero disfrute parcial. Como el *Israel de Dios* (Gálatas 6:16), debemos tener, aunque en pequeña medida, una experiencia de los tres. Es la intención de Dios que su verdadero pueblo diga: Él es *para mí* el Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob. No nos quedemos cortos. No aceptemos menos que esto. Sin duda Ismael podía llamarlo el “Dios de Abraham”, pero eso no es suficiente. Esaú podía ir más allá y decir “el Dios de Abraham y de Isaac”, pero esto tampoco es suficiente. La experiencia espiritual no se resume en Abraham e Isaac. El nombre de Jacob debe ser incluido también. Para el verdadero Israel, Él es el Dios de todos sus padres.

Muchos creyentes saben que les falta algo; son conscientes de una necesidad y, sin embargo, no pueden definir cuál es. En algún punto de nuestra experiencia cristiana muchos buscamos profundizar en nuestra vida espiritual, a menudo sin tener una clara comprensión de lo que podría ser el contenido de esa bendición. Permítaseme decir que esto involucra no una sola cosa, sino tres. En las próximas páginas procuraremos destacar, tomando como base las experiencias de estos tres patriarcas, cuál es la naturaleza de esta bendición que Dios tiene para su pueblo.

Dios es el verdadero origen, de donde proviene toda la creación y todas las nuevas criaturas que Él regenera. Esta es una lección que todos debemos aprender; que nada podemos

iniciar por nuestra cuenta. Es únicamente Dios el que comienza todo (Génesis 1:1; 1 Pedro 1:3-5). Aunque esto hiera nuestro orgullo, el día que lo comprendamos verdaderamente será un día de gozo para nosotros. Esto significara que, en cuanto concierne a los valores eternos, hemos comprendido que *todo es de Dios*.

Abraham era igual a sus vecinos, un idólatra. En esas circunstancias Dios lo escogió. Abraham no tuvo un principio propio. Dios tomó la iniciativa y nada es más precioso que la soberanía de Dios. Abraham nunca pensó en Canaán como su meta; él salió sin saber a dónde iba, pero respondiendo al llamado de Dios.

¡Dichoso el hombre que no sabe! Este hombre incluso levantó su tienda “sin saber a dónde iba”. Cuando realmente comprendemos que Dios es el origen de todo lo importante en la vida, ya no estaremos tan seguros de nosotros mismos y de lo que vamos a hacer. Gozosamente diremos: “si el Señor quiere”.

Incluso, el hijo de Abraham vino de Dios; él tenía que ser dado de una manera especial. Nada de lo que tuvo su origen en Abraham mismo, incluyendo su otro hijo Ismael, podía servir para el propósito de Dios. Abraham aprendió que Dios era el Padre, la fuente, el origen de todo, que sin Él no hay nada. A menos que Dios obre, nosotros no podemos hacer nada.

El Señor obró por su gracia en Abraham al escogerlo y hacer que él fuera conocido como el Padre de los creyentes. Por

otro lado, su nieto Jacob se destaca por los grandes sufrimientos que padeció. Entre estos dos destacados hombres se encuentra Isaac, un hombre muy común, sin ningún rasgo especial que lo caracterizara. A medida que leemos el libro de Génesis no podemos encontrar rasgo alguno por el cual se distinguiera a Isaac. Miremos algunos puntos acerca de esta verdad.

Abraham, se nos dice, amontonó grandes riquezas, no así Isaac. Isaac solo recibió la heredad, no trabajó para lograrla. ¿Qué hizo en realidad? Se nos dice que cavó pozos, pero cuando miramos Génesis 26 encontramos que solo descubrió aquellos que su padre había cavado y que habían sido cubiertos con tierra. ¿Cuál es, entonces, la lección que nos enseña Isaac? Es esta: que no poseemos nada que no hayamos recibido. Si nada fue originado por mí entonces nada puedo lograr por mí mismo. Como lo expresa Pablo: “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Corintios 4:7). La experiencia de Abraham es muy preciosa para nosotros porque nos enseña que Dios es nuestro Padre, la fuente de todo lo que recibimos. Pero la experiencia de Abraham sin la de Isaac no es suficiente. Dios también es el Hijo, el Dador. Todos sabemos que el perdón de pecados es un don que debe ser recibido. Así también lo es la victoria sobre el pecado. No tenemos nada en nosotros mismos que no sea fundamentalmente un don de Dios para nosotros. De modo que encontramos que Dios prometió a Isaac precisamente lo que Él ya le había dado a Abraham (Génesis 26:3-5).

Isaac nació en riqueza. Nosotros como creyentes tampoco progresamos o avanzamos hacia la riqueza espiritual, sino

que esta nos es dada por el Señor. Esto es cierto acerca de toda experiencia espiritual que tenemos como cristianos. Por ejemplo, la ley del Espíritu de vida que me libró de la ley del pecado y de la muerte es algo que poseo *en Cristo Jesús*, no en mí mismo (Romanos 8:2). No es mía porque la he alcanzado; es mía porque la he recibido. Es como el milagro de vida que mantiene a los pájaros en el aire desafiando la gravedad. Cristo es entonces Él que nos libera del pecado y de la muerte, y es el don de Dios para nosotros. Pero, ¿cuántos de nosotros como creyentes realmente somos conscientes de esta verdad?

También tenemos a Jacob. Él nos presenta otro principio significativo en el trato de Dios con sus hijos. Muchos de nosotros podemos ver que el Señor es la fuente de todo. Aceptamos, en teoría por lo menos, que tenemos que recibir todo de Él. ¿Por qué entonces no tomamos el don, sino que persistimos en procurar lograrlo? La respuesta es que nos domina el *principio de Jacob*, el principio de la *fuerza natural*. Estamos muy *seguros* de que lo lograremos por nuestros propios esfuerzos lo que Dios nos ofrece.

Esta es la razón por la cual ninguna enseñanza relacionada con la victoria sobre el pecado y ninguna doctrina de santificación está completa si ésta no habla de forma radical acerca de cuán vanos son los esfuerzos de nuestra naturaleza para vencer por sí sola. Los resultados que produce son solo pasajeros.

Jacob era un hombre muy hábil e inteligente. No había nada que no pudiera hacer. Engañó a su propio hermano,

también engañó a su padre y logró quitarle a su tío todas sus posesiones. Pero esta inteligencia, este talento para lo que Dios tenía en mente no tenía lugar en la voluntad y el plan de Dios para él. Todo debía ser deshecho, y las experiencias de Jacob por medio de las cuales esto fue llevado a cabo ilustran muy bien la disciplina del Espíritu Santo.

Todo lo que Jacob se disponía a hacer salía mal, incluso desde su nacimiento. Cuando nacieron los mellizos de Isaac y Rebeca, las Escrituras nos dicen que la mano de Jacob estaba trabada al talón de su hermano; sin embargo, su intento por nacer primero falló. Posteriormente, aunque procuró con astucia asegurarse la primogenitura, fue él quien tuvo que dejar el hogar y huir. Se propuso tomar a Raquel por esposa, pero se encontró casado con Lea. Salió finalmente de Padan-aram con mucha riqueza, la mayor parte adquirida de manera dudosa, pero tuvo que estar dispuesto a dárselo todo a su hermano Esau para salvar su propia vida. He aquí la disciplina del Espíritu. La mano de Dios en juicio está sobre todo lo que Jacob hace mientras se apoya en su propia astucia. Las personas de especial inteligencia tienen que aprender, si es necesario por medio del sufrimiento, que no vivimos por la sabiduría del hombre, sino por la sabiduría del Señor.

Jacob aprendió una gran lección. Él estaba a punto de perder todo lo que había acumulado, todo aquello por lo cual se había afanado. Él pensó en cómo enfrentar al hombre, y formuló un plan para apaciguar a Esau y al menos salvar su propia vida. Pero fue entonces que Dios salió a su encuentro. Él se enfrentó con Dios y quedó rengo. El Señor había

tocado a Jacob, literalmente. Hasta ese día había sido Jacob, es decir “el que suplanta”; en adelante fue llamado Israel, es decir “un príncipe con Dios”. Este fue el principio de la nación.

No estamos exagerando los hechos cuando decimos que desde ese día él fue un hombre distinto. Aquel que había engañado a otros es ahora engañado, incluso por sus propios hijos. El antiguo y astuto Jacob hubiera adivinado el engaño de ellos, pero el nuevo Jacob fue totalmente engañado. Les creyó y lloró diciendo: “la túnica de mi hijo es; alguna mala bestia lo devoró; José ha sido despedazado” (Génesis 37:33).

Es a este punto, el quebrantamiento de la *fuerza natural*, donde debe llegar todo el pueblo de Dios. “Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba” (Génesis 32:24). Podremos andar moderadamente bien en la oscuridad (o al menos eso pensamos), pero la luz de Dios nos muestra nuestro fracaso. Esta es la disciplina del Espíritu.

Abraham vio a Dios como Padre; probó que Él era la fuente de todas las cosas. Isaac, por otro lado, recibió una herencia como hijo. Es una bendición recibir un don de Dios. Sin embargo, podemos arruinar aun aquello que hemos recibido. Jacob es un ejemplo de esto, y al final solo fue salvado de las consecuencias cuando Dios destruyó su *fuerza natural*. Es necesario que nosotros como creyentes experimentemos lo mismo. Una de las características de aquellos que conocen verdaderamente a Dios es que no tienen fe en su propia habilidad ni se apoyan en sí mismos. Cuando Jacob apren-

dió esta lección, entonces en verdad comenzó a ser un *Israel de Dios*.

Quisiera decir algo para alentarle: Dios no espera encontrar ‘buenas personas’ que no tengan necesidad de su trato; Él sabe bien que no existen tales individuos. Él escoge gente común, como tú y como yo, para ser vasos de su gracia inmerecida. Posteriormente, Él los capacita para someterse a Su voluntad y a Su disciplina. De esa forma aquellos que reciben su don de salvación jamás abusan de la inmensa generosidad del Señor; por el contrario, la atesoran en sus corazones. Abraham demuestra el *propósito* de Dios en su elección de nosotros los pecadores; Isaac demuestra la *vida* de Dios puesta por gracia a nuestra disposición en el don de su Hijo Jesucristo; Jacob señala el *trato* de Dios con nosotros por medio del Espíritu Santo para perseverar y caminar en el don de la salvación, conservando lo que hemos recibido. El Señor quita nuestra antigua naturaleza egoísta para dar lugar a una nueva naturaleza en Cristo, la cual puede responder a la ley de Dios y obedecer Su voluntad. De esta manera el Espíritu actúa para obtener los fines de Dios usando los medios que Él mismo dispone. Esta es la meta del trato de Dios, en todas sus facetas, para con los suyos.